

ANGIE THOMAS

**EL
ODIO
QUE
DAS**

Traducción de
Sonia Verjovsky

GRANTRAVESÍA

Créditos de las ilustraciones:

Vashti Harrison: @vashtiharrison, página 440

© 2017, Kara Bodegon, Impreso con acuerdo de Pippin Properties, Inc., página 466

Emily Bee Martin: @EmilyBeeMartin, páginas 443, 471

Gillian Reid: @gilliananimation, página 472

Lia: @lost_in_a_story, @lostinink, página 485

EL ODIIO QUE DAS

Título original: *The Hate U Give*

© 2017, 2018, A.C. Thomas

Publicado según acuerdo con Lennart Sane Agency AB.

Traducción: Sonia Verjovsky

Imagen de portada: © 2017, Debra Cartwright

Diseño de portada: Jenna Stempel

Mapa: Peter Oumansk

D.R. © 2017, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición especial: mayo de 2023

ISBN: 978-84-126697-1-8

Depósito legal: B 9989-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005748010523

*Para mi abuela, quien me enseñó
que puede haber luz en la oscuridad*

PRIMERA PARTE

CUANDO SUCEDE

CAPÍTULO 1

No debí haber venido a esta fiesta. Ni siquiera estoy segura de *pertenecer* a este lugar. No es por esnobismo ni nada por el estilo. Simplemente hay algunos lugares donde no me basta con ser como soy. Ninguna de mis versiones. Y la fiesta de las vacaciones de primavera de Big D es uno de esos lugares.

Me apretujo entre cuerpos sudados y sigo a Kenya y a sus rizos, que rebotan por debajo de sus hombros. Una neblina con olor a hierba inunda la habitación, y la música sacude el suelo. Algún rapero les grita a todos para que hagan el *Whip/Nae-Nae*¹, con la consiguiente respuesta de un montón de *hey* cuando la gente se lanza a hacer su propia versión del baile. Kenya levanta su vaso y baila en la multitud. Entre el dolor de cabeza por la música ruidosa y las náuseas por el olor a hierba, lo que me impresionaría sería lograr cruzar la estancia sin derramar mi bebida.

Evadimos la multitud. La casa de Big D está atiborrada de pared a pared. Siempre había oído que todo el mundo viene

1. Este baile se ha hecho viral y diversas celebridades lo han ejecutado en público. Consiste en ladearse suavemente sin mover los pies, alzando una mano y dejando otra abajo.

a sus fiestas de primavera —bueno, todos menos yo— pero joder, no sabía que habría tanta gente. Las chicas llevan el pelo pintado de colores, rizado o planchado. Me hacen sentir ordinaria, una mierda, con mi simple coleta. Los tipos con sus zapatos más nuevos y pantalones más holgados bailan tan pegados a ellas que casi necesitan condón. A mi abuela Nana le gusta decir que la primavera trae el amor. La primavera en Garden Heights, también conocido como el Jardín, no siempre trae el amor, pero promete bebés en el invierno. No me sorprendería que muchos fueran concebidos la noche de la fiesta de Big D. Siempre la organiza el viernes de las vacaciones de primavera porque necesitas el sábado para recuperarte y el domingo para arrepentirte.

—Starr, deja de seguirme y vete a bailar —dice Kenya—. De por sí la gente cree que te sientes superior.

—No sabía que tanta gente en Garden Heights supiera leer la mente —o que me conocieran como algo más que *la hija de Big Mav, la que trabaja en la tienda*. Le doy un sorbo a mi bebida, y de inmediato lo escupo. Sabía que encontraría más que zumo de frutas en ella, pero esto es mucho más fuerte de lo que acostumbro a beber. Ni siquiera deberían llamarlo ponche. Es alcohol puro. Lo pongo en la mesita y digo—: Me revienta que la gente crea saber lo que pienso.

—Escucha, yo sólo repito lo que oigo. Te comportas como si no conocieras a nadie porque vas a esa escuela.

Llevo seis años escuchando la mierda de siempre, desde que mis padres me inscribieron en el instituto Williamson.

—Si tú lo dices —farfulto.

—Y no vendría mal que dejaras de vestirte como... —su mirada recorre con desprecio desde mi calzado hasta mi sudadera extragrande—. *Eso*. ¿No es la sudadera de mi hermano?

La sudadera de *nuestro* hermano. Kenya y yo compartimos un hermano mayor, Seven. Pero ella y yo no estamos emparentadas. Su madre es la madre de Seven, y mi padre es el padre de Seven. Una locura, lo sé.

—Sí, es suya.

—No me extraña. Ya sabes lo que dice la gente. Has logrado que piensen que eres mi novia.

—¿Te parece que me importa lo que diga la gente?

—¡No! ¡Y ése es el problema!

—Si tú lo dices —de haber sabido que seguirla a esta fiesta significaría que se pondría en plan *Extreme Makeover: Edición especial Starr*², me habría quedado en casa para ver episodios antiguos de *El príncipe de Bel-Air*. Mis Jordan son cómodas y, joder, están nuevas. Es más de lo que la mayoría puede decir. La sudadera me queda muy grande, demasiado grande, pero me gusta así. Además, si me llevo la capucha hasta la nariz, evito oler el humo de la maría.

—Bueno, no pienso cuidarte toda la noche, así que es mejor que hagas algo —dice Kenya, y recorre la habitación con su mirada. Para ser sincera, Kenya podría ser modelo. Tiene la piel morena oscura y perfecta (no creo que le haya salido una sola espinilla en toda su vida), ojos rasgados color avellana y largas pestañas que no ha comprado en ninguna tienda. Además, tiene la altura perfecta para ser modelo, pero es un poco más robusta que esos palitos de pasarela. Nunca se pone el mismo vestido dos veces. Su padre, King, se asegura de que así sea.

Kenya es prácticamente la única persona con la que salgo en Garden Heights; es difícil hacer amigos cuando tu escuela

2. *Extreme Makeover: Home Edition* fue un *reality show* donde un equipo de diseñadores se dedicaba a reconstruir la casa de una persona necesitada en el plazo de una semana.

está a cuarenta y cinco minutos de distancia, y eres de esas chicas que pasa mucho tiempo sola en casa porque tus padres trabajan todo el día, y a quien la gente sólo ve despachando en la tienda de su familia. Es fácil pasar tiempo con Kenya por nuestra relación con Seven. Pero a veces estar con ella es un verdadero lío. Siempre está peleando y no duda en decir que su padre le pateará el trasero a cualquiera. Claro que es cierto, pero quisiera que dejara de provocar peleas sólo para sacar su as de debajo de la manga. Diablos, yo también podría usar el mío. Todos saben que no puedes pasarte con mi padre, Big Mav, y definitivamente no puedes meterte con sus hijos. Pero yo no ando por ahí buscando pelea.

Como en esta fiesta de Big D, donde Kenya mira provocadoramente a Denasia Allen. No recuerdo mucho de Denasia, pero sé que ella y Kenya no se llevan bien desde cuarto curso. Esta noche, Denasia baila con un tipo en el otro lado de la habitación y no le está prestando la menor atención a Kenya. Pero no importa adónde nos movamos, Kenya detecta a Denasia y la fulmina con la mirada. Y cuando te marcan de esa manera, en algún momento sientes la mirada sobre ti y eso te invita a patear un trasero o a que te pateen el tuyo.

—¡Ay! No la soporto —dice furiosa Kenya—. El otro día, estábamos en la fila de la cafetería, ¿sabes? Y se puso a decir tonterías justo detrás de mí. No dijo mi nombre, pero sé que hablaba de mí, y decía que yo había tratado de acostarme con DeVante.

—¿En serio? —siempre sigo el guion en estos casos.

—Ajá. Y yo no quiero nada con él.

—Lo sé —¿de verdad? Ni siquiera sé quién es el tal DeVante—. ¿Y qué hiciste?

—¿Qué crees que hice? Me di la vuelta y le pregunté si tenía algún problema conmigo. La muy perra me iba a salir

con eso de *Ni siquiera hablaba de ti*, ¡pero claro que lo estaba haciendo! Qué suerte tienes de ir a esa escuela de blancos y no tener que lidiar con perras como ella.

Esto es una mierda, ¿no? Hace menos de cinco minutos yo era una presumida por ir a Williamson, ¿y ahora soy una suertuda?

—Créeme, en mi escuela también hay de éstas. Esto es algo universal, ¿sabes?

—Mira, esta noche nos encargaremos de ella —la mirada de Kenya alcanza su punto máximo de crudeza. Denasia siente el ardor y mira directamente a Kenya—. Ajá —confirma Kenya, como si Denasia pudiera escucharla—. Mira.

—Espera un momento. ¿Nos? ¿Por eso me rogaste que viniera a la fiesta? ¿Para usarme como relevo en una pelea? —tiene el descaro de poner cara de ofendida.

—¡Ni que hubieras tenido otra cosa que hacer! O alguien más con quien pasar el rato. Te estoy haciendo un favor.

—¿En serio, Kenya? Tú sabes que tengo amigos, ¿no es cierto?

Entorna los ojos. Con esmero. Sólo se le ve la parte blanca de los ojos durante unos segundos.

—Esas presumidas de tu escuela no cuentan.

—No son presumidas, y sí que cuentan —me pongo a pensar. Maya y yo nos llevamos bien. No estoy segura de qué pasa con Hailey últimamente—. Y, sinceramente, si meterme en una pelea es tu manera de mejorar mi vida social, estoy bien sola. Maldita sea, siempre ocurre algún drama contigo.

—Por favor, Starr —alarga el *por favor*. Lo alarga demasiado—: Esto es lo que tengo en mente. Esperamos a que se aleje de DeVante, ¿sabes? Y luego...

El teléfono vibra contra mi muslo, y le echo un ojo a la pantalla. Ya que he estado ignorando sus llamadas, Chris me envía un mensaje de texto.

¿Podemos hablar?

No era mi intención que todo saliera así

Por supuesto que no lo era. Ayer, su intención era que todo saliera de una manera completamente distinta, y ése fue el problema. Guardo el teléfono en el bolsillo. No estoy segura de lo que quiero decirle, pero luego me encargaré de él.

—¡Kenya! —grita alguien.

Una chica grande, de piel clara con el cabello lacio como el agua, se abre paso entre la multitud hacia nosotros. La sigue un tipo alto con un peinado *frohicano* —afro y mohicano— negro y rubio. Los dos abrazan a Kenya y le dicen que está deslumbrante. Es como si yo no estuviera ahí.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —pregunta la chica y mete el pulgar en la boca. Tiene los dientes malformados por hacer ese gesto—. Podrías haber venido con nosotros.

—No, niña. Tenía que ir por Starr —dice Kenya—. Vini-mos a pie.

Y entonces se dan cuenta de que estoy ahí parada a menos de medio paso de Kenya.

El chico entrecierra los ojos y me echa un vistazo rápido. Frunce el ceño durante sólo una fracción de segundo, pero lo noto.

—¿No eres la hija de Big Mav, la que trabaja en la tienda?

¿Lo veis? La gente se comporta como si ése fuera el nombre que tengo en la partida de nacimiento.

—Sí, soy yo.

—¡Ahhh! —dice ella—. Sabía que me resultabas conocida. Estábamos juntas en tercer curso, en la clase de la señorita Bridges. Yo me sentaba detrás de ti.

—Ah —sé que éste es el momento en el que se supone que debo recordarla, pero no es así. Supongo que Kenya tenía razón: realmente no conozco a nadie. Sus rostros me resultan familiares, pero es difícil conocer los nombres y las vidas de las personas cuando les estás embolsando la compra.

Sin embargo, puedo mentir.

—Claro que te recuerdo.

—Niña, no finjas —dice el muchacho—. Sabes que no la conoces ni de broma.

—¿Por qué mientes siempre? —preguntan al unísono Kenya y la chica, recordando la canción. El chico las acompaña, y todos estallan en carcajadas.

—Bianca y Chance, sed amables —dice Kenya—. Ésta es la primera fiesta de Starr. Sus viejos no la dejan salir.

Le lanzo una mirada asesina.

—Sí salgo, Kenya.

—¿La habéis visto en alguna fiesta por aquí? —les pregunta Kenya.

—¡No!

—Más claro el agua. Y antes de que lo digas, las tristes fiestecillas de los tipos blancos que viven en los barrios residenciales no cuentan.

Chance y Bianca sueltan unas risitas. Joder, cómo quisiera que esta sudadera me tragara de alguna manera.

—Apuesto a que se meten pastillas y esas porquerías, ¿no? —me pregunta Chance—. A los chicos blancos les encanta meterse pastillas.

—Y escuchar a Taylor Swift —agrega Bianca, hablando alrededor de su pulgar.

Bueno, algo tiene de cierto, pero no voy a admitirlo.

—Para nada, de hecho sus fiestas son bastante geniales —digo—. Una vez, uno de los chicos invitó a J. Cole a actuar en su fiesta de cumpleaños.

—Joder, ¿en serio? —pregunta Chance—. Mieeeerda. Cabrona, invítame a la próxima. Yo me largo de fiesta con esos blanquitos.

—En fin —dice Kenya con voz sonora—. Hablábamos de darle su merecido a Denasia. Esa perra está ahí bailando con DeVante.

—Qué zorra —dice Bianca—. Ya sabes que ha hablado mal de ti, ¿verdad? Yo estaba en la clase del señor Donald la semana pasada cuando Aaliyah me dijo...

Chance levanta los ojos al cielo.

—¡Uf! El señor Donald.

—Sólo estás enfadado porque te echó —dice Kenya.

—¡Por supuesto!

—En fin, Aaliyah me contó... —retoma Bianca.

Me vuelvo a perder mientras discuten sobre compañeros de clase y profesores que no conozco. No puedo decir nada. Pero no importa. Soy invisible.

Me siento así con mucha frecuencia en este lugar.

En medio de sus quejas sobre Denasia y sus profesores, Kenya dice algo sobre ir por otra bebida, y los tres se largan sin mí.

De repente soy Eva en el Edén después de comerse la manzana: es como si me sintiera desnuda. Estoy sola en una fiesta en la que se supone que ni siquiera debería estar, donde apenas conozco a alguien. Y ese alguien que conozco me acaba de dejar colgada.

Durante semanas Kenya me rogó que viniera. Yo sabía que, sin lugar a dudas, me sentiría incómoda, pero cada vez que le decía que no, me decía que me comportaba como si fuera *demasiado buena para una fiesta del Jardín*. Me cansé de escuchar esa mierda y decidí demostrarle que estaba equivocada. El problema es que habría sido necesario un Jesús Negro para convencer a mis padres de dejarme venir. Ahora ese Jesús Negro tendrá que rescatarme si descubren que estoy aquí.

La gente me lanza miradas en plan: *¿Quién es esta tía, apoyada sola contra la pared y con esa pinta tan lamentable?* Debería pasarlo bien, mientras me haga la guay y no me meta con nadie. Lo irónico es que en Williamson no me tengo que *hacer la guay*; soy guay simplemente por ser una de las pocas chicas negras que hay allí. En Garden Heights tengo que esforzarme para ser guay, y eso es más difícil que comprarse un par de Jordan Retro el día de su lanzamiento.

Pero es curioso cómo funciona con los chicos blancos. Es guay ser negro hasta que resulta duro ser negro.

—¡Starr! —me llama una voz que me resulta familiar.

El mar de gente se abre para dejarle paso como si fuera un Moisés moreno. Los chicos chocan puños con él y las chicas estiran el cuello para verlo. Me sonrío, y sus hoyuelos ahuyentan cualquier aura de pandillero que pudiera tener.

Khalil es un galán, no hay otra manera de decirlo. Y yo solía bañarme con él. No de *esa* forma, pero cuando éramos niños nos moríamos de la risa porque él tenía una *colita* y yo tenía lo que su abuela llamaba un *agujerito*. Pero juro que no había nada pervertido en todo ello.

Me abraza, y aún huele a jabón y talco para bebé.

—¿Qué pasa contigo, niña? No te he visto desde hace años

—se separa de mí—. No te mensajeas con nadie, nada de nada. ¿Dónde te has metido?

—He estado ocupada con la escuela y el equipo de baloncesto —le respondo—. Pero siempre voy a trabajar a la tienda. Tú eres el que ya no ve a nadie.

Desaparecen sus hoyuelos. Se limpia la nariz como lo hace siempre antes de mentir.

—También he estado ocupado.

Obviamente. Los Jordan nuevos, la reluciente camiseta blanca y los diamantes en las orejas. Cuando creces en Garden Heights, sabes lo que significa en realidad *estar ocupado*.

Mierda. Quisiera que *él* no estuviera ocupado con eso. No sé si quiero llorar o abofetearlo.

Pero por la manera en que Khalil me mira con esos ojos color avellana, se me hace difícil estar enfadada. Siento que tengo diez años otra vez, y que estoy en el sótano de la iglesia Christ Temple, experimentando mi primer beso con él en el campamento de estudios bíblicos. De repente recuerdo que llevo puesta una sudadera, que estoy hecha un desastre... y que en realidad *ya* tengo novio. Quizá no esté respondiendo las llamadas o mensajes de Chris en este momento, pero de todas formas es mío y quiero que siga siendo así.

—¿Cómo está tu abuela? —pregunto—. ¿Y Cameron?

—Están bien. Pero mi abuela está enferma —Khalil le da un sorbo a su bebida—. Los doctores dicen que tiene cáncer, o algo así.

—Joder, K. Lo siento.

—Le están dando quimio. Pero lo único que le preocupa es lo de la peluca —suelta una risa débil que no enseña sus hoyuelos—. Se pondrá bien.

Es una plegaria, más que una profecía.

—¿Tu madre te está ayudando con Cameron?

—Esta Starr, siempre buscando lo mejor de la gente. Ya sabes que ella no ayuda en nada.

—Eh, sólo lo preguntaba. Vino a la tienda el otro día. Tiene mejor aspecto.

—Por ahora —dice Khalil—. Dice que está intentando dejar las drogas, pero es lo de siempre. Las deja unas semanas, luego decide que quiere un chute más, y empieza otra vez. Pero como ya te he dicho, estoy bien, Cameron está bien, mi abuela está bien —se encoge de hombros—. Es lo único que importa.

—Sí —le respondo, pero recuerdo las noches que pasé con Khalil en su cobertizo, a la espera de que su madre llegara a casa. Le guste o no, ella también le importa.

La música cambia y se escucha rapear a Drake desde los altavoces. Muevo la cabeza siguiendo el ritmo y coreo en voz baja. Todos los que están en la pista de baile gritan la parte en la que dice *empezamos desde abajo, ahora estamos aquí*. Hay días en los que en Garden Heights *estamos* bien abajo, pero aun así compartimos el sentimiento de que, mierda, podría ser peor.

Khalil me está mirando. Una sonrisa intenta formarse en sus labios, pero sacude la cabeza.

—No puedo creer que todavía te encante ese llorón de mierda de Drake.

Me le quedo mirando con la boca abierta.

—¡Deja en paz a mi marido!

—Al *cursi* de tu marido. *Nena, lo eres todo para mí, todo lo que siempre quise* —canta Khalil con voz quejumbrosa. Lo empujo con el hombro y ríe, mientras su bebida se derrama—. ¡Tú sabes que suena así!

Le muestro el dedo corazón. Frunce los labios y emite el sonido de un beso. Tantos meses separados, y en unos segundos volvemos a ser los de siempre.